

Seannus estaba sentado en una pequeña terraza de Xhantallas, comiendo y observando lo que allí ocurría. Una polvorienta capa con capucha le cubría de la cabeza a los pies. Debajo una jersey de manga larga y un pantalón largo desgastados apenas dejaban piel al descubierto. Todo del mismo color, un rojo muy oscuro, como la sangre vieja. Llevaba unas manoplas de piel oscura que le dejaban a la vista unos largos dedos ennegrecido, como quemados. Si alguien se hubiera fijado en la poca piel que tenía visible, quizá sus muñecas o su cara, que ocultaba con la capucha, se habría extrañado de su textura, como ceniza que además se desprendía constantemente, o del fulgor de sus ojos, como ascuas encendidas. Quizá en cualquier otro lugar su aspecto hubiera levantado miradas de curiosidad o suspicacia. Y desde luego, seguro que su comida si hubiera llamado la atención, pero en la ciudad comercial, el camarero que recibió el pedido de brasas encendidas y metal líquido, apenas parpadeó y se limitó a decirle que no sabía cuanto le iban a cobrar por eso. Al fin y al cabo, en un momento u otro, todas las razas del universo visitaban Xhantala.

Masticando las brasas al rojo y bebiendo la mezcla de metales fundidos, Siannus reparó en como un hombre menudo tropezaba con un grupo en la concurrida placeta. El grupo lo formaban cinco humanoides altos, enormes, con brazos como robles y velludos como una moqueta de recepción. Los cinco iban fuertemente armados, con hojas de diversas formas, y, por si fuera poco, el hombrecillo tuvo la mala suerte de tropezar con el más grande de todos, que iba delante.

Al momento se inició una discusión, que fue subiendo de tono. A Siannus le pareció que el hombrecillo, que apenas llegaba a la cintura de los otros trataba de disculparse, pero esa especie de hombres-simio no parecían querer olvidarse de la supuesta ofensa. Se veía que querían pelea y que no iban a soltar su presa. De repente, el brazo del que llevaba la voz cantante se movió a una velocidad increíble, lanzando su puño como un rayo hacia la cara del hombre menudo, o mejor dicho, hacia donde hubiera estado su cara si éste no hubiera reaccionado como un rayo. De un salto, se encaramó al cuello del corpulento y peludo agresor, y cuando todavía el puño de éste estaba a medio recorrido, la cabeza del hombrecillo ya golpeaba la nariz del gigante con un terrible crujir de huesos. Su enorme cuerpo aún no había llegado al suelo y ya había recibido dos golpes más, en medio de su cara, que sonaron como un martillo esclafando huevos. Cuando el cuerpo del gigante golpeó el suelo, el pequeño pero sin duda rápido hombrecillo aún le dio dos cabezazos más, que esta vez sonaron como cuando se pisan los racimos de uva en la vendimia. Se levantó como un relámpago, y allí donde debía haber una cara simiesca no quedaba nada más que una masa deforme y sanguinolenta, terriblemente aplastada.

Siannus, sin dejar de masticar, valoró la brutalidad y rapidez del ataque. Tal vez el hombrecillo decidió ser expeditivo, dado el tamaño y número de sus oponentes...o tal vez simplemente había disfrutado espachurrando su cara hasta que los sesos quedaron esparcidos por el suelo. Siguió contemplando la escena mientras tomaba un largo trago de metal fundido, saboreando la mezcla que le habían preparado, no estaba nada mal, hierro y residuos de alguna forja cercana, sin duda. Aunque el hollín le daba un sabor amargo, la mezcla de los diferentes metales de los residuos la hacían interesante. Estaba sopesando la posibilidad de pedir la receta cuando la acción en la plaza se reanudó, sacándole de este pensamiento.

El hombrecillo y los cuatro hombres-simio peludos restantes (Seannus no tenía ni idea de que raza eran) habían estado mirándose de frente, unos con los ojos y la boca muy abiertos, el otro alerta y en tensión. Sangre, trozos de piel y material cerebral se adherían y resbalaban de la frente del pequeño cabeza dura. Los simios lo miraban sin

saber que hacer, al igual que lanzaban miradas al cuenco de sangre y seso en el que se había convertido la cabeza de su compañero. No se habían intercambiado ni una palabra desde que había caído el grandullón y entonces, al cabo de un par de sorbos de metal, el hombrecillo se dio la vuelta con intención de marcharse. Eso fue lo que dio valor a los cuatro restante para vengar a su amigo muerto y sacando sus armas lo atacaron por la espalda entre gruñidos.

Mejor para ellos que no lo hubieran hecho, pensó Siannus masticando una brasa encendida, ya que otra vez el hombre menudo reaccionó con rapidez, sacando dos grandes dagas curvas y dándose la vuelta, y cercenando primero un brazo y luego una pierna al primero y segundo de sus agresores de un mismo movimiento, encarándose a continuación con los otros dos, que ya habían detenido su avance y lo miraban paralizados. Mientras la sangre cubría el suelo de la plazoleta alrededor de los dos nuevos cuerpos que morían desangrados, los espectadores de la trifulca reanudaron su marcha. El hombrecillo envainó sus dagas y se fue, y esta vez, los dos gigantes peludos y simiescos que quedaban lo miraron irse sin mover un pelo, hasta que desapareció entre la gente.

El espectáculo había terminado, pensó Siannus, y mientras acababa de masticar las últimas brasas de abedul que ya no estaban incandescentes y tomar el último trago de esa mezcla de metales que estaba ya más espesa, reflexionó sobre lo que había pasado, concluyendo que no te puedes fiar de las apariencias y que esta era una ciudad peligrosa. Vista la indiferencia que había provocado la pelea, teniendo en cuenta que habían tres muertos, dos desmembrados y uno sin cara sangrando en el suelo, cualquiera diría que era una calurosa tarde normal. O quizá fuera que en Xhantala esto era lo habitual.

Aparte de Xhantala, el resto de este inhospito y enorme mundo era pura arena ardiente. Quizá algunos animales vagaran por el desierto desolado y seco, pero Seannus no tenía ningún interés en descubrirlo. Ni él ni nadie, de hecho, en este mundo gigante, sólo resultaba interesante la ciudad. Era una populosa ciudad amurallada, donde se hacían decenas de miles de almas, apretujadas en variopintas casas de diferentes materiales, sin ningún orden. Habían tantos estilos arquitectónicos como razas vivían en la ciudad comercial, incontables. Eso sí, todas las casas disponían de un suministro continuo de agua que recibían a través una intrincada red de acequias, tuberías y acueductos que formaban una intrincada red de suministro proveniente de una única caudalosa fuente. Alimentada por las nieves perpetuas que existían en la cumbre de la colosal y singular mole en la falda de la cual se apoyaba la ciudad, la fuente era la razón por la cual este mundo no estaba completamente deshabitado.

La altura de la cumbre era extraordinaria, casi siempre rodeada de nubes, y brillaba por la nieve acumulada. El nombre de la inmensa montaña era también Xhantala, y además de agua proporcionaba una inmensa sombra vespertina a la ciudad, que hacía que por la tarde la actividad se volviera frenética, como esa misma tarde. No existían más montañas, no existía más agua, ni más sombra que la de la inmensa mole en todo el desolado planeta.

Agua y sombra en el desierto, pensó Siannus, no le gustaba ninguna de las dos cosas, y pagando una cuenta que al final resultó bastante elevada para lo que fue su almuerzo, reanudó su marcha avanzando entre la gente y los puestos callejeros. En Xhantala se podía encontrar cualquier cosa, daba igual lo que fuera, el hecho de estar en la frontera del imperio, de ser una ciudad relativamente pequeña en un mundo gigante que sólo era un saco de arena, la hacía estar relativamente fuera del radar del Imperio.

Eso favorecía el comercio, en todo su sentido, legal, ilegal o extremadamente peligroso...si existía, en Xhantala lo podías comprar por un precio, en alguna de sus múltiples tiendas o tenderetes.

Armas, esclavos, animales, objetos rúnicos o cualquier tipo de tecnología o cosa se mezclaban en las calurosas calles, sin ningún orden. Hasta se rumoreaba que se podía encontrar máquinas imperiales de salto, aunque eso a Seannus le parecía inútil, ya que el imperio controlaba todos los puntos de salto. También aquí en el puerto, estaban los funcionarios Imperiales, con sus registros, pero curiosamente todos los funcionarios del imperio residentes en Xhantala acababan o inmensamente ricos o muertos. Y ningún funcionario había muerto en Xhantala durante siglos. No era extraño el control ferreo de los saltos entre mundos, al fin y al cabo el Emperador había inventado el modo artificial de saltar entre mundos y controlaba todos los saltos que se realizaban de ese modo, los únicos que podían realizar la mayoría de razas para recorrer grandes distancias en poco tiempo.

Andaba entre esta anarquía de gente y mercancías por las calles de Xhantala, en la que, como acababa de ver, cada cual debía cuidar de sí mismo cuando pensó que quizá fuera más prudente aplazar su cita ya sería mejor acudir a la misma por la mañana. En realidad tampoco se había acordado un día fijo y si tenía que huir precipitadamente, era mejor hacerlo a través de unas calles desiertas que a través de esta calles multitud. Además por la mañana a pleno sol haría calor y sin duda el calor le beneficiaría en caso de problemas, pensó sonriendo, mientras unas pequeñas llamas surgían de las yemas de sus dedos ennegrecidos y se reunían en una sola más grande en su palma. Con el calor seco de la ciudad del desierto, a pleno sol, todo podía arder mucho mejor, y volvió a sonreír extinguiendo el fuego.

Así pues, cambió de rumbo en busca de una posada donde pasar la noche, y sacó el medallón de oro que le había entregado el mensajero hacía unas semanas, invitándole a visitar la ciudad y reunirse con los llamados Cuatro de Xhantala. Se lo colgó en el pecho, bien visible, ya que le había dicho que el medallón era un salvoconducto y significaba que era un invitado personal de los Cuatro Xhantala. Desde luego era una invitación que no podía rechazar, grande era la fama de la fortuna de los Cuatro en determinados círculos, algunos mercenarios o contrabandistas decían que incluso más que la del propio emperador, aunque Seannus sabía el Emperador de Todos los Mundos, el ser más poderoso del universo, no tenía rival por desgracia tampoco en cuanto a su fortuna. Pero como él jamás trabajaría para el Impero, así que uno de sus potenciales mejores clientes podían estar a la vuelta de la esquina y eso le hacía estar de buen humor. Es lo que tiene ser un mercenario apátrida, pensó, eres libre de ir donde quieres, conoces mundo y con suerte te haces rico, si es que no te da por licuar y beberte todo el oro que ganas. Literalmente.

Mientras seguía recorriendo las calles en busca de un lugar donde descansar, el medallón levantaba miradas de soslayo y hacía que los transeúntes se apartaran de su paso, a pesar de lo concurrido de las calles. Algunos le sonreían nerviosos y si se tropezaban con él por accidente, se disculpaban rápida y profusamente. No iba a tener ningún problema para acudir a la reunión, pero ¿y para salir? Debía ser precavido, era la primera vez que trataba con los llamados Cuatro y tanto misterio le ponía un poco tenso.

Se había informado lo mejor que pudo sobre ellos, pero al final había sacado poco en claro. Todo tipo de rumores y leyendas circulaban en el mundillo sobre los Cuatro de Xhantala, fundadores y eternos vigilantes de la ciudad comercial del desierto

y aunque al final, la hipótesis que creía más válida era la que explicaba que se trataba de una organización, que se valía de la leyenda para elegir a cuatro líderes enmascarados y misteriosos y hacer creer a la gente que siempre eran los mismos perpetuándose en el poder, también había quien decía que eran seres inmortales que bajaban desde la cumbre de la montaña y se alimentaban de sangre.

Seannus se inclinaba por la primera opción aunque había dos cosas que le hacían dudar, la primera que él mismo era inmortal, por lo que los inmortales existían y los cuatro podían serlo y por tanto peligrosos, y la otra que de vez en cuando aparecían cadáveres que siempre presentaban el mismo estado, secos, momificados, como si les hubieran arrancado de golpe toda la humedad. Pero por un lado, él era el único de los suyos que sobrevivió, y al resto los habían aniquilado. Y por otro lado estaba convencido que los Cuatro de Xhantala buscaban más el oro que la sangre, por eso habían promulgado las Dos leyes, y por eso todos los que las quebraban aparecían muertos, así que si hubiera tenido sangre esta creía que hubiera estado a salvo.

De todas formas no tenía ninguna intención de violar las dos leyes, que por otro lado eran simples, primero, nadie se inmiscuía en los asuntos de los Cuatro y todos han de pagar una parte de los tratos que se hacían entre las murallas de la ciudad. A cambio, se ocupaban de mantener alejado al imperio y proporcionaban agua a toda la ciudad desde su residencia amurallada en lo alto de la ladera de la montaña. Con estos pensamientos Sianus recorrió las calles bulliciosas y se detuvo en la única posada que había visto hasta ahora que no parecía ser un estercolero inmundo.